

DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 86

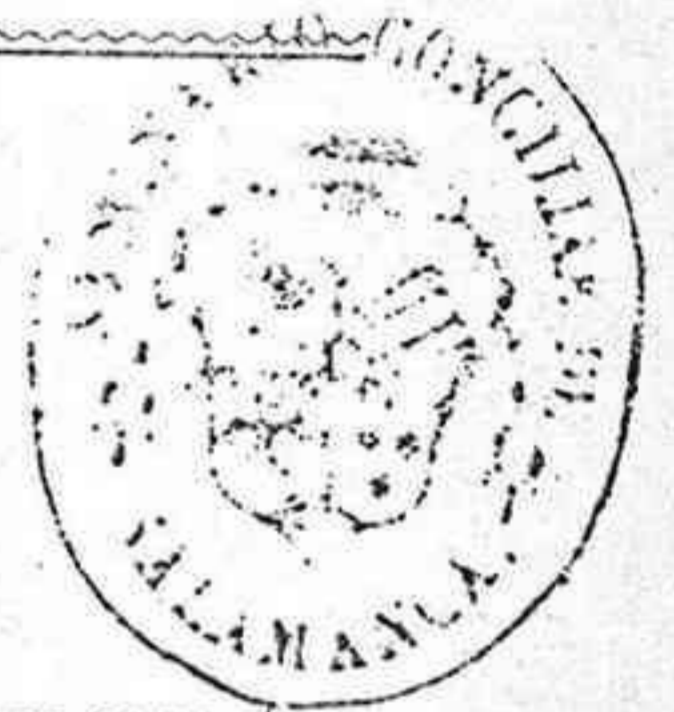
Salamanca 15 de Marzo de 1913

Año VIII

EXCLAMACIONES



¿Cómo es posible, Señor, se olvide todo esto, y que tan olvidados estén los mortales de Vos cuando os ofenden? Oh Redentor mío ¡y cuán olvidados se olvidan de sí! ¡y que sea tan grande vuestra bondad, que entonces os acordéis Vos de nosotros, y que habiendo caído por heriros a Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos tornéis a dar la mano, y despertéis de frenesí tan incurable, para que procuremos y os pidamos salud? Bendito sea tal Señor, bendita tan gran misericordia, y alabado sea por siempre por tan piadosa piedad. ¡Oh ánima mía! Bendice para siempre a tan gran Dios. ¿Cómo se puede tornar contra El? ¡Oh, que a los que son desagradecidos la grandeza de la merced les daña! Remediadlo Vos, mi Dios. Oh hijos de los hombres ¿hasta cuándo seréis duros de corazón, y le tendréis para ser contra este mansísimo Jesús? ¿Qué es esto? ¿Por ventura permanecerá nuestra maldad

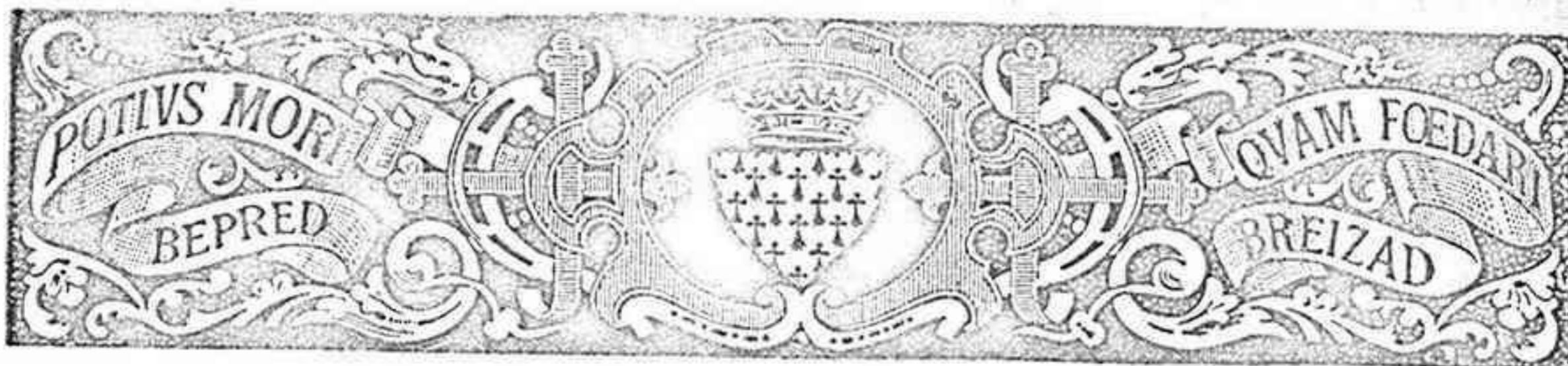


contra El? No, que se acaba la vida del hombre, como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen (1) a dar aquella terrible sentencia. ¡Oh poderoso Dios mío! Pues aunque no queramos, nos habéis de juzgar; porque no miramos lo que nos importa teneros contento para aquella hora. ¿Mas quién, quién no querrá juez tan justo? ¡Bienaventurados los que en aquel temeroso punto se alegraren con Vos, oh Dios y Señor mío! Al que Vos habéis levantado, y él ha conocido cuán míseramente se perdió por ganar un muy breve contento, y está determinado a contentaros siempre, y ayudándole vuestro favor (pues no faltáis, Bien mío de mi alma, a los que os quieren, ni dejáis de responder a quien os llama) ¿qué remedio, Señor, para poder después vivir, que no sea muriendo, con la memoria de haber perdido tanto bien, como tuviera estando en la inocencia que quedó del bautismo? La mejor vida que puede tener, es morir siempre con este sentimiento. Mas el alma, que tiernamente os ama, ¿cómo lo ha de poder sufrir? ¡Mas qué desatino os pregunto, Señor mío! Parece que tengo olvidadas vuestras grandezas y misericordias, y cómo venistes al mundo por los pecadores, y nos comprastes por tan gran precio, y pagastes nuestros falsos contentos, con sufrir tan crueles tormentos y azotes. Remediastes mi ceguedad con que atapasen vuestros divinos ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡Oh Señor, Señor! Todo esto lastima más a quien os ama: sólo consuela, que será alabada para siempre vuestra misericordia, cuando se sepa mi maldad, y con todo no sé si quitarán esta fatiga, hasta que con veros a Vos se quiten todas las miserias de esta mortalidad.

Teresa de JESÚS.

(1) Así traducía Fr. Luis de Granada las palabras del Evangelio: *Filius hominis*. Como Santa Teresa leía y recomendaba la lectura de las obras de Fr. Luis de Granada, no es extraño tomase de allí esta frase.





MEDITANDO



RNESTO Renan, doctor y maestro del librepensamiento, saludaba en el Mártir del Gólgota «al héroe incomparable de la pasión, cuyo ejemplo imitan los espíritus recios, las almas que sufren y vencen».

«Si la vida y la muerte de Sócrates son la de un sabio, escribía Juan Jacobo Rousseau, la vida y la muerte de Jesucristo son la vida y la muerte de un Dios».

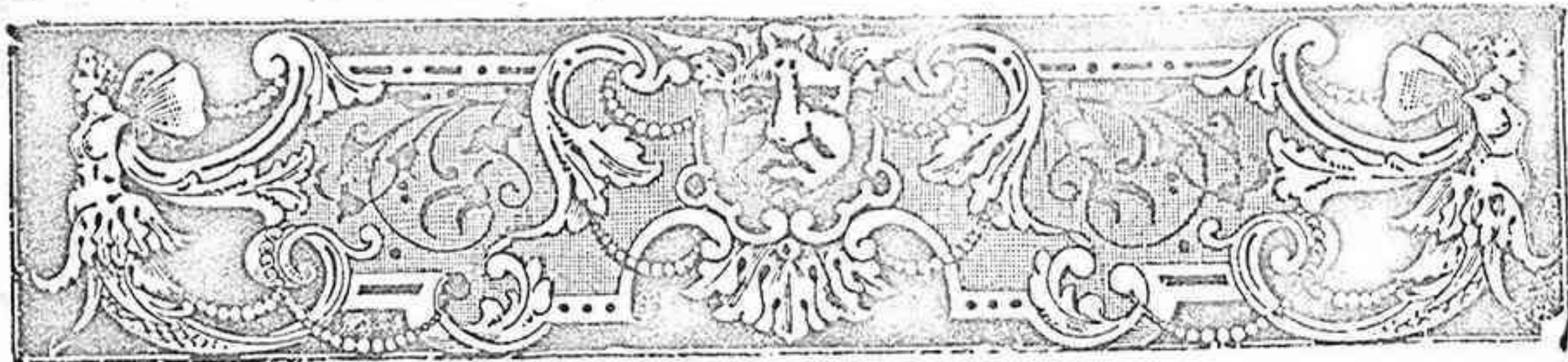
Así es en verdad. Prisionero, herido, perdida toda su antigua hermosura, desfigurado su resplandeciente rostro, escarnecido con la amarillez y sombras de la muerte, agonizante.... Jesucristo siembra todavía prodigios, derrama consuelos inefables, pronuncia palabras de Profeta divino. ¡Y cuánta majestad en medio de tantos tormentos! ¡Qué acentos de poder y de bondad infinita!

Jamás en el mundo habló otro hombre como Jesucristo y nunca Jesucristo se expresó como en la hora de las tinieblas. Una fuerza divina vibra en sus palabras, y engrandece la soledad del dolor. Sin darse casi cuenta las almas buenas, en presencia de la cruz redentora, repiten la frase famosa de Proudhon: «Si creéis en un Sér Supremo, doblad la rodilla en presencia de Jesucristo».

Sólo un Dios pudo realizar el prodigio inaudito de transformar el patíbulo en trono, la sangre de un condenado en púrpura real, el oprobio de la cruz en gloria divina.

Gonzalo SANZ.





ZURRÓN DE POBRE



golpe de martillo quiero clavar en mi alma dos sublimes lecciones que Cristo me enseña en su Sagrada Pasión.

Saber callar.

Cuando me pisen, cuando me hurguen, cuando me busquen la lengua, en vez de saltar como granizo en albarda, sereno y superior, *debo callar*.

Si azota mi rostro la mentira, la rechifla, la calumnia, como si lo acaricia el halago y la lisonja... *a callar*.

Que las gentes me traen y me llevan y me martirizan y anegran la piel con pellizcos de monja..., nada, *quieto el pico*.

Que chillan, discuten en tonto, y no te dan más agradable plato que una ensalada de chismes, porfías y sandeces... *hazte el sordo, calla como un muerto*.

Porque dice San Gregorio, que si un hombre considera bien y conserva en la memoria la Pasión del Salvador, ninguna cosa hay tan dura en esta vida que, guisada con esta consideración, no se vuelva tolerable.

Como un cordero a los pies del esquilador, como oveja que llevan al matadero, Jesucristo, reputado de ignorante—«¿Cómo sabe éste de letras no habiéndolas aprendido?»—*siempre calló*.

¡Que aprenda yo bien a *saber callar!*

Saber hablar.

Con peso y medida, en los negocios graves. Con valentía y cristiana entereza, sin desplantes, en asuntos de honra y puntos de doctrina; afable, reposado y graciosamente sencillo en las charlas mun-

danas; no presuntuoso ni indiscreto; mucho menos irreverente y ordinario.

Palabras de prudencia, de ingenio sano, cachazudas y reposadas; no de changarra o cencerro, destempladas y rotas

Con el habla dulce y acariciador de la modestia, no con las arrogancias desdeñosas de la soberbia.

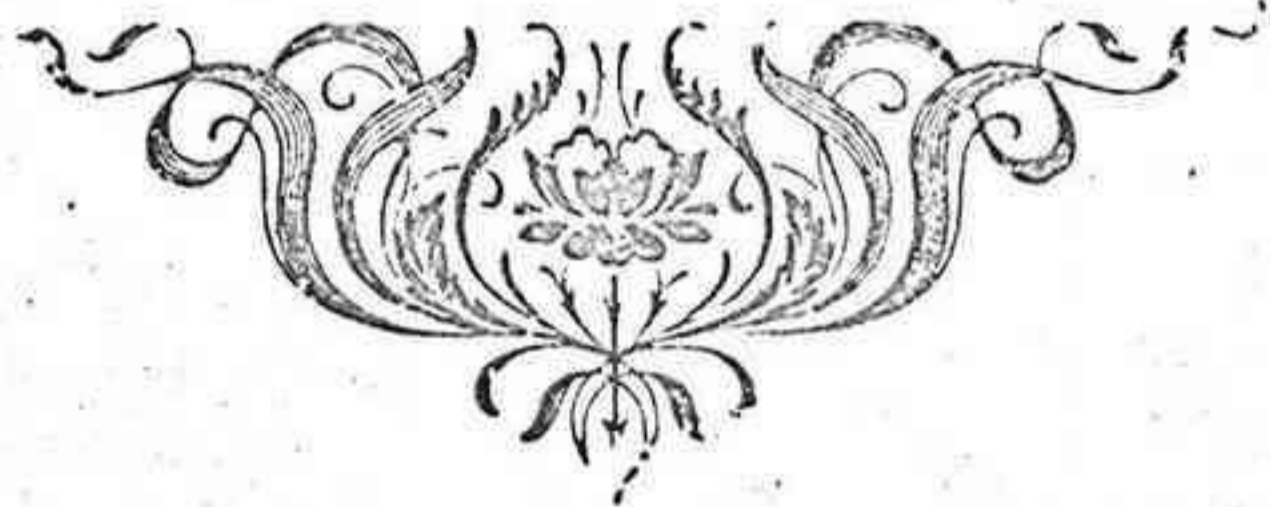
Que mi palabra tenga juicio, formalidad y sea firme; no la quiero cascabelera ni matracona.

Cuando se trate del deber, cuando hay obligación, siempre que Dios lo mande, *hablar*; más que me desuellen vivo.

Por vanidad, por tontería, por meter ruido, por papelear y hacer de cotorras sería harto necio el *hablar*.

Cuán callada que pasa las montañas
el aura respirando mansamente;
qué gárrula y sonante por las cañas!
que oculta la virtud por el prudente.

D. VILLARES.





LA PEDRADA

Poesía de Gabriel y Galán.

I

Cuando pasó el Nazareno
de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada del Dios bueno
y la soga al cuello echada,

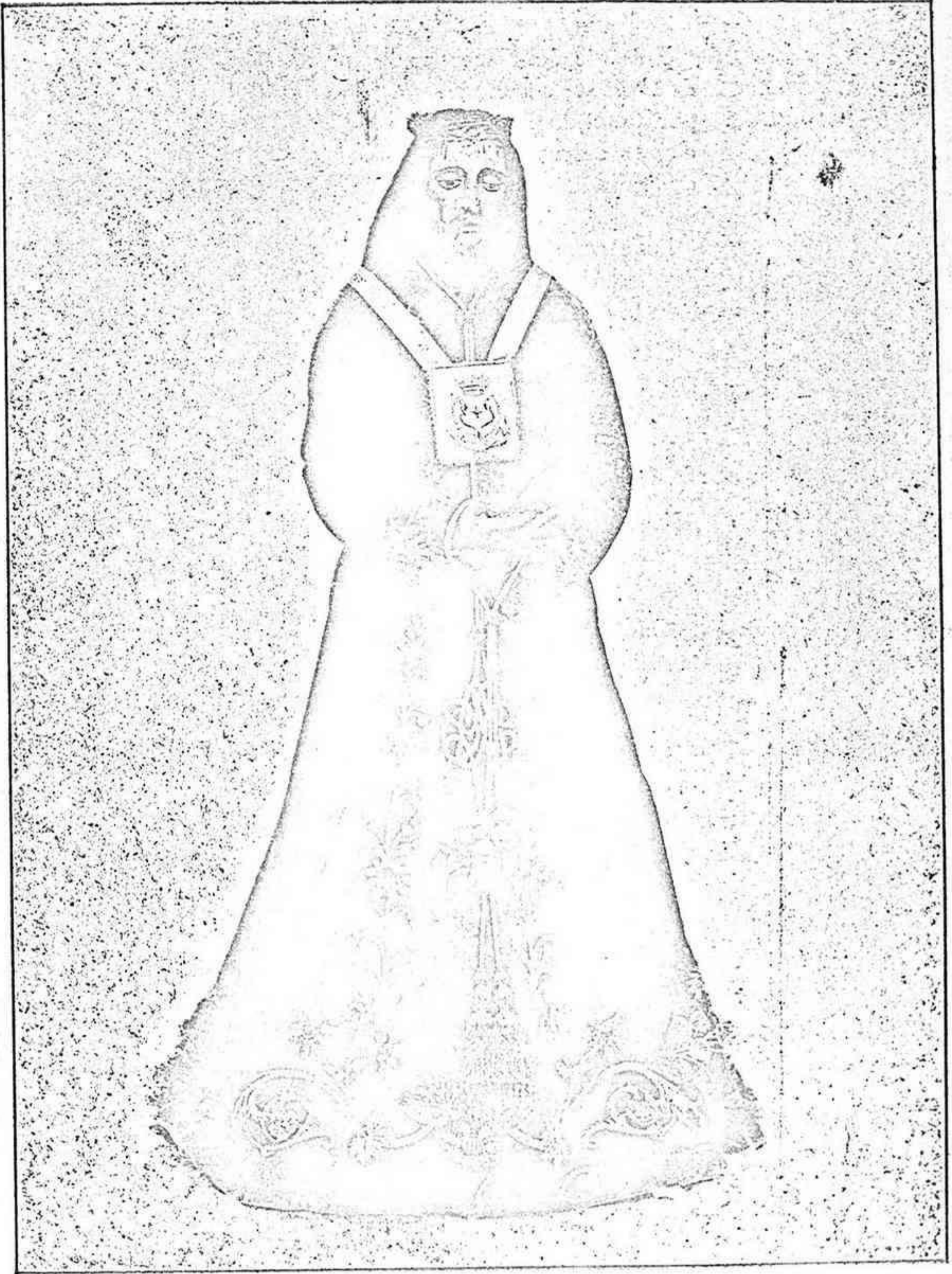
el pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,
y las lágrimas me ciegan,
y me hiere la ternura...

.....

Yo he nacido en esos llanos
de la estepa castellana,
cuando había unos cristianos
que vivían como hermanos
en república cristiana.

Me enseñaron a rezar,
enseñáronme a sentir
y me enseñaron a amar;
y como amar es sufrir,
también aprendí a llorar.

Cuando esta fecha caía
sobre los pobres lugares,
la vida se entristecía,



Jesús Rescatado

cerrábanse los hogares
y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno
de la frente coronada,
por aquel de espigas lleno
campo dulce, campo ameno
de la aldea sosegada,

los clamores escuchando
de dolientes «Misereres»,
iban los hombres rezando,
sollozando las mujeres
y los niños observando...

¡Oh, qué dulce, qué sereno
caminaba el Nazareno
por el campo solitario;
de verdura menos lleno
que de abrojos el Calvario!

¡Cuán suave, cuán paciente
caminaba y cuán doliente
con la cruz al hombro echada,
el dolor sobre la frente
y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos,
en hileras extendidos,
iban todos encapados,
con hachones encendidos
y semblantes apagados.

Y enlutadas, apiñadas,
doloridas, angustiadas,
enjugando en las mantillas
las pupilas empañadas
y las húmedas mejillas,

viejecitas y doncellas,
de la imagen por las huellas
santo llanto iban vertiendo...
¡Como aquéllas, como aquéllas
que a Jesús iban siguiendo!

Y los niños, admirados,
silenciosos, apenados,
presintiendo vagamente

dramas hondos, no alcanzados
por el vuelo de la mente,

caminábamos sombríos
junto al dulce Nazareno,
maldiciendo a los judíos,
«¡que eran Judas y unos tíos,
que mataron al Dios bueno!»

II

¡Cuántas veces he llorado
recordando la grandeza
de aquel hecho inusitado
que una sublime nobleza
inspiróle a un pecho honrado!

La procesión se movía
con honda calma doliente.
¡Qué triste el sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gente!
¡Cómo Jesús se afligía!

¡Qué voces tan plañideras
el «Miserere» cantaban!
¡Qué luces, que no alumbraban,
tras las verdes vidrieras
de los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano
que al dulce Jesús seguía
con el látigo en la mano,
¡qué feroz cara tenía!
¡qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre ablandara!
Iba a caer el Cordero,
y aquel negro mónstruo fiero
iba a cruzarle la cara
con el látigo de acero...

Mas un travieso aldeano,
una precoz criatura
de corazón noble y sano
y alma tan grande y tan pura
como el cielo castellano,

rapazuelo generoso

que al mirarla, silencioso
sintió la trágica escena,
que le dejó el alma llena
de hondo rencor doloroso,

se sublimó de repente,
se separó de la gente,
cogió un guijarro redondo,
miróle al sayón la frente
con ojos de odio muy hondo,

paróse ante la escultura,
apretó la dentadura,
aseguróse en los pies,
midió con tino la altura,
tendió el brazo de través,

zumbó el proyectil terrible,
sonó un golpe indefinible,
y del infame sayón
cayó botando la horrible
cabezota de cartón.

Los fieles, alborotados
por el terrible suceso,
cercaron al niño airados,
preguntándole admirados:
—¿Por qué, por qué has hecho eso?...

Y él, contestaba, agresivo,
con voz de aquellas que llegan
de un alma justa a lo vivo:
—«¡Porque sí; ¡porque le pegan
sin hacer ningún motivo!»

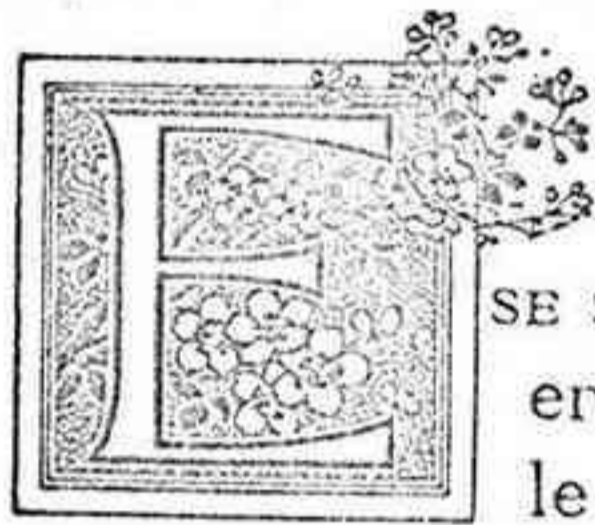
III

Hoy, que con los hombres voy,
viendo a Jesús padecer,
interrogándole estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños de ayer?





LA ORACIÓN DEL HUERTO



SE sudor, Señor, que descende por tu rostro al suelo en lluvia piadosa, no ya le exprimen las ansias, no ya le impelen las congojas. Terneza enamorada trasmiran por tu frente tus venas, para que se vea es fuerte la delección, tanto como la muerte lo es. El amor en sí derrama sangre sin lanza, ni clavos, lo que después la muerte hará a fuerza de golpes y de heridas. No lo han de hacer todo los verdugos; empiécelo el amor y ellos lo acaben. Hoy, que ha sido tu sangre bebida, sea su sudor. Beba en él la tierra el remedio de la comida que la enfermó. Esta noche, que te guisaste manjar, y al pan le hiciste cuerpo tuyo, suda tu rostro sangre para que el hombre, que por castigo de Adán hasta ahora comía el pan en el sudor de su rostro, por remedio le coma en el del tuyo.

Cogrera de la tierra que cae ese rocío purpúreo para llevarle al cielo; mas, como es precio del hombre, podría pedírsele por hurto a mi veneración. Y pues ha de restituirle la resurrección a tu cuerpo, en él subirá al imperio tan glorioso, que de paso ennoblecerá las luces del sol, llevando gloria a la gloria.

Francisco de QUEVEDO VILLEGAS.





La Oración del Huerto



LA FLAGELACIÓN

DICE San Jerónimo (como se refiere en la glosa y es ya comúnmente recibido), que seis sayones, de dos en dos, azotaron a Cristo entrando de fresco. Los primeros, con varas de espinas y abrojos, con que abrieron su sacratísimo cuerpo, agujereándole todo y rompiéndole. Los segundos, con unos azotes de nudos, con agujones al cabo, que entrando en la carne virginal la surcaban y rompían. Los terceros, con unas cadenas que en el fin tenían unos garfios a manera de uñas, con que despedazaban la delicadísima carne y la arrancaban de los huesos. Y así Eusebio Cesariense, y San Crisóstomo sobre aquel lugar de Isaías: *Disciplina pacis nostrae super eum*. «La disciplina para apaciguarse el Padre con nosotros cayó sobre El»; dicen que esta disciplina fué de tres maneras: dura, porque con varas y espinas; más dura, porque con azotes de nudos; durísima, porque con cadenas de hierro. Aparejados estos instrumentos y ahorrados de ropa los verdugos; arrebatan al Señor, y métenle en una sala baja, que tenía en medio una fuente y gruesa columna, deutada para aquel fin. ¡Ah, Señor, esfuerzo, que os mandan desnudar para abriros a azotes, que no ven la hora de romper esas piadosas entrañas! Comenzad, Señor, a quitar esas ropas, hiladas con las virginales manos de vuestra sacratísima madre; desnudaos, Señor, que en vivos cueros habéis de quedar para vestir la desnudez de mis pecados. Llegan, pues, aquellos crueles carniceros, y con toda descortesía le quitan sus ropas al redopelo, y dejan desnudo al que viste los cielos de nubes, y a los campos de flores, y a los lirios y azucenas de mayor hermosura que tuvo Salomón en su gloria. Pareció desnudo, lleno

de virginal vergüenza aquel noble mancebo de treinta y tres años, con tanta lindeza de cuerpo y proporción de miembros hasta entonces nunca de otros vistos que de la Virgen, su madre, que sólo ver hombre tan lindo bastaba para atar las manos de las fieras bestias, no pudiendo querer afear la belleza de toda la naturaleza humana. Pero aquellos ministros de Satanás, más obstinados que demonios, nada enternecidos con esta vista, echan mano del cuerpo delicado, y con furia diabólica le amarran a la columna y pegan aquel santo cuerpo con la piedra dura. Estiran con cordeles recios sus pies y sus brazos, con tanta fuerza, que los cordeles se entraban y sumían en la carne ternísima; y (como dicen algunos contemplativos) la sangre le reventaba por las uñas de lo mucho que los apretaron. Comienzan luego con firmeza inaudita a descargar sobre El sus látigos y disciplina, ciñen el santo cuerpo de cardenales y verdugos, rasgan los cueros, revienta la sangre y corren arroyos de ella; rompen la carne, surcan al cuerpo, añaden llagas sobre llagas. Abren sus espaldas hasta descubrir sus entrañas, y en poco tiempo no dejan en él figura de hombre, sino de un leproso y de mal de San Lázaro. *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas.* ¡Oh yunque divino! ¡Oh espaldas sufridoras de tantas martilladas! ¡Oh cuerpo blanco, cómo te tiñen de colorado! Y cuanto el rosicler fino es más subido, tanto es más para tí costoso. ¡Oh Virgen y madre bendita, y cómo han de lastimaros a vos en el alma estos golpes y llagas que después veréis en este sagrado cuerpo! La túnica inconsútil que labrastes, Señora, entera, la veo guardada para los sayones; mas la que en vuestras entrañas labró el Espíritu Santo de vuestra sangre purísima, harpada está y rota por millares de partes.

Ya veo la causa de tan cruel disciplina. Porque *multa flagella peccatoris.* ¡Oh casulla digna de este gran sacerdote! ¡Oh divinas labores y recamados, y bordaduras de cardenales, ronchas, llagas y sangre! Verdaderamente, cristianos, este fué el más extraño espectáculo que ha habido en el mundo a Dios, y a los ángeles, y a los hombres. Paréceme cierto que todos los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados mirando esta maravilla, y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Cuando por permisión de Dios vino sobre el Santo Job aquella gran miseria y calamidad, que de rey tan próspero y famoso vino a quedar pobre y desnudo en un muladar, sin hijos ni criados, todo su cuerpo llagado, sin otro alivio para sus llagas que una teja con que reía la materia que de ellas salía, tres amigos suyos del tiempo de su prosperidad concertaron entre sí de

irle a visitar y consolar en su trabajo, y dice la Divina Escritura que como desde lejos alzasen sus ojos para verle, *non cognoverunt eum; exclamantes ploraverunt; scisisque vestibus sparserunt pulverem super caput suum in cœlum*. Y sin hablarle palabra estuvieron con él siete días y siete noches embelesados y enmudecidos. *Videbant enim dolorem esse vehementem*: «Porque veían ser su dolor veheméntísimo». Paréceme a mí, que pues estos hombres eran tan discretos, que en este tiempo que estuvieron callando estarían pensando entre sí las extrañas mudanzas que veían en su buen amigo, y la caída que había dado de tan alto a tan bajo estado, y dirían: ¿Es éste aquel grande entre los orientales? Es éste aquel tan rico y hacendado? ¿Es éste aquel a quien temían los manebos, y ante quien asistían con reverencia los ancianos, y en cuya presencia no osaban hablar los duques y capitanes? ¿Pues dónde está ahora su alteza? ¿Dónde está su prosperidad? ¿Qué se hicieron sus queridos hijos? ¿Cómo está desacompañado de criados? ¿De dónde procedió en él tan grave enfermedad? ¿Cómo ha venido a tanta bajeza? Con mayor espanto debieron quedar los ciudadanos de la gloria, amigos de este señor, cuando desde los miradores del cielo alzaron los ojos para verle amarrado a la columna, y apenas lo conocieron, por verle en traje tan diferente del que allá tiene. Creo que debieron algunos de tomar cuerpos para poder llorar con el Señor, y cumplir aquella profecía: *Angeli pacis amare flebunt*. Y dirían: ¿No es éste aquel grande entre los orientales? ¿Aquel que *ab eterno* es engendrado del Padre entre los resplandores de los santos? ¿Pues cómo está aquí contado entre los malhechores? Es éste aquel tan rico y hacendado que es suya la tierra y toda la redondez del mundo; ¿pues cómo está aquí tan pobre, que le han desnudado aun de sus vestiduras? Es éste el que tiene por silla los cielos, y por escabelo de sus pies toda la tierra; ¿pues cómo no tiene otro lugar sino amarrado a una columna? Este es aquel Rey a quien sirven millares de millares de ángeles, y diez veces cien mil millares asisten en su acatamiento; ¿cómo está aquí tan solo y desacompañado que ninguno tiene de su parte? Este es aquel Dios de tanta majestad ante quien se postran los veinticuatro ancianos, derribando sus coronas en señal de humildad y reconocimiento; ¿pues cómo es aquí atormentado de verdugos? ¿Cómo no le guardan respeto los sayones? Es éste la gloria del Padre, la figura de su sustancia; ¿pues cómo está hecho oprobio y afrenta de los hombres? ¿Cómo no tiene figura de hombre? ¿Cómo está llagado de pies a cabeza? ¿Qué tienen que ver azotes con las espaldas de Dios?



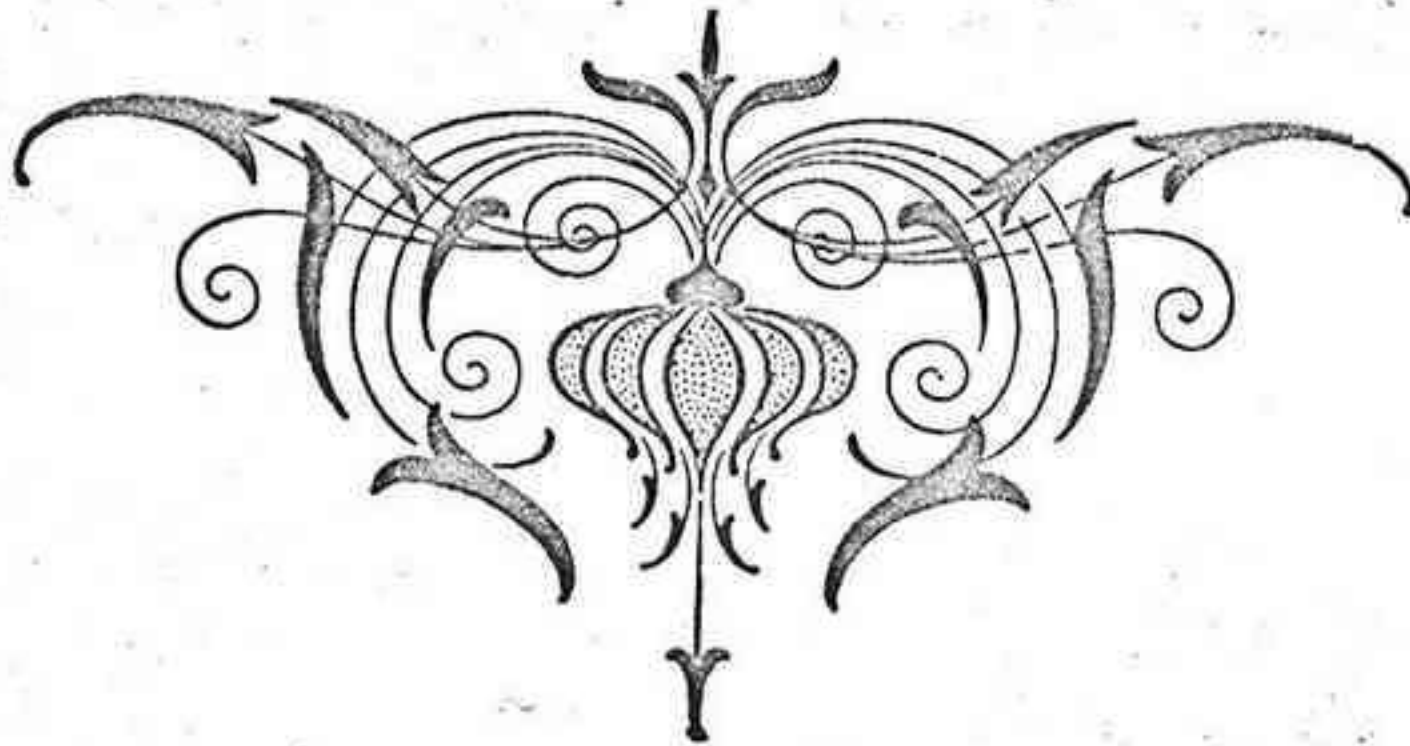
Jesús atado a la columna

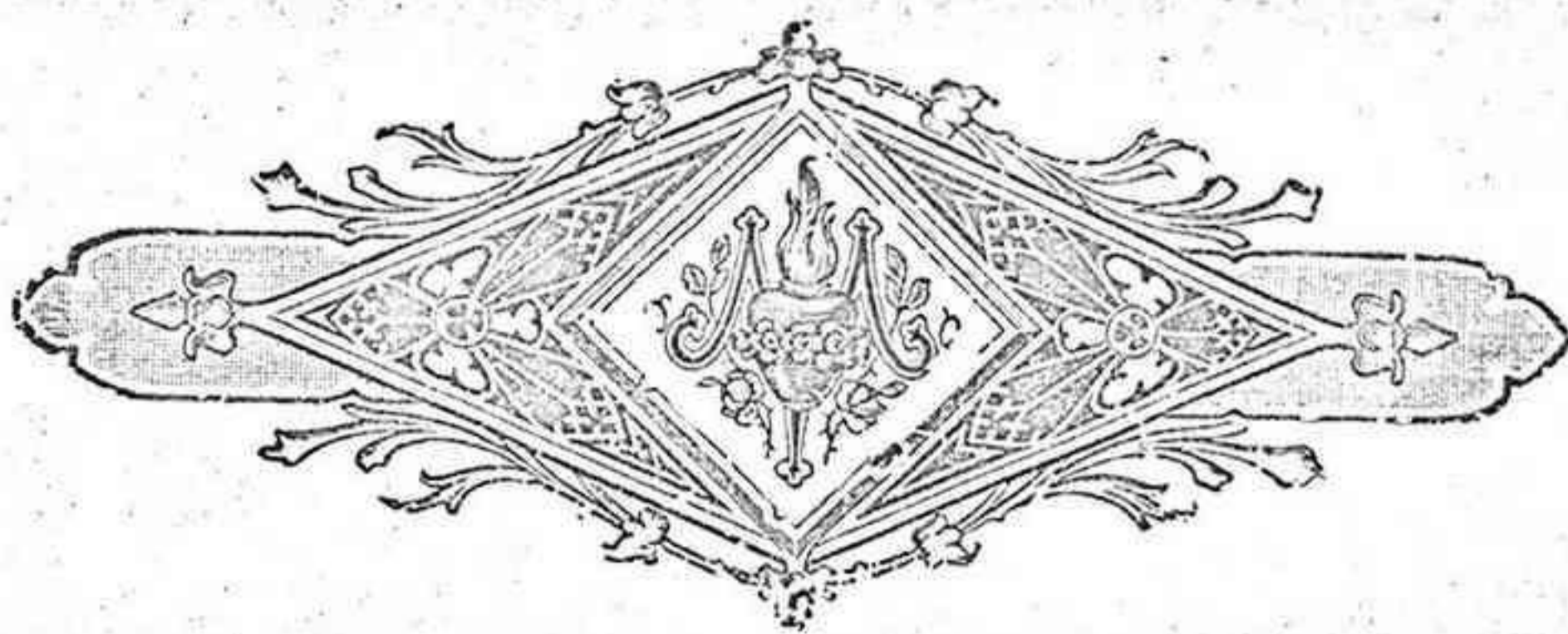
¿Dónde están sus discípulos? ¿Qué se hicieron sus allegados? ¿Cómo ha venido a tanta bajeza? ¿Cuál fué la causa de tanta calamidad? Y si los ángeles se espantan, y en su manera se compadecen, cristianos, por quien el Hijo de Dios muere, más justo es que nosotros nos compadezcamos. Y pues ellos nos hacen ventaja en sentir, como es razón, la dignidad de esta obra, hagámosla nosotros en llorar, pues ellos no pueden. Levantemos la voz y alcemos alarido que llegue al cielo; rompamos, no las vestiduras, sino los corazones; echemos ceniza sobre las cabezas, y hagamos compañía al Salvador en su trabajo, callando y contemplando, pues vemos que el dolor es vehementísimo.

No se puede encarecer el dolor que el Señor recibió en esta disciplina, porque por razón de su complexión nobilísima y compostura de su cuerpo, que había sido fabricado por obra de Espíritu Santo, con grande armonía y proporción de los humores, era más sensible, y le dolía más un azote que a todos los hijos de los hombres. Pues mirad qué dolor causarían tantos y tan crueles. Pero yo os quiero decir una conjetura buena de este dolor. Cosa cierta es que esta disciplina, como dice Isaías, se dió al Señor por todos los pecados del mundo. Pues si, conforme a la ley, cuando azotaban a alguno, *secundum mensuram delicti erit et plagarum modus*. «Conforme a la medida del delito había de ser la de los azotes»: a Cristo le azotan, no por su delito, sino por innumerables delitos, no podían dejar de ser muchos y sin tasa sus azotes. Bien veo, Dios mío, que la ley ponía tasa en los azotes, mandando, que no pasasen de cuarenta, porque no caiga, dice, tu hermano delante de tí, feamente despedazado. Pero, Señor, eso se entiende cuando es un pecador solo, y el castigo por un delito, pero vos sois azotado por innumerables delitos; representáis la persona de todos los pecadores. Pues si David dice: *Multa flagella peccatoris*, que son muchos los azotes que el pecador merece, y todos ellos han de descargar sobre vos, que pagáis por nuestros hurtos, más de cuarenta han de ser; si miramos vuestra inocencia no merecíades alguno; si al valor de vuestra persona, uno bastaba para redimirlo; pero mirando a vuestro inmenso y sobrado amor, y a nuestros innumerables pecados, cinco mil y tantos fueron menester. Veis aquí, pecadores, la fábrica que habéis hecho con vuestros pecados en las espaldas de Cristo. Temblad de pecar, pues veis cómo castiga Dios el pecado en las espaldas de su Hijo. Si azota el Señor al esclavo, y está temblando el hijo inocente, ¿cuánto más debe temer el esclavo viendo azotar

al hijo? Mayormente si azotan al Hijo por los delitos del esclavo. Acordaos de aquella sentencia del Salvador: *Servus qui scit voluntatem Domini sui, et non facit eam, vapulabit multis*; «muchos azotes en el infierno para siempre jamás le darán».

Fr. Alonso de CABRERA.





Mar de lágrimas

El sentir de mi sentido
Tan sin él ha navegado,
Que en el arena encallado
Del mundo está sumido,
Del puerto desconfiado.
Pero como en sí volvió
El piloto, que sintiendo
Al peligro se entregó,
Con gemidos demandó
Celestial favor y aliento.

Estaba sin se mover / ,
Mi barca a los altos dones,
Sepultada en las pasiones
De falso y vano querer,
Que ciega los corazones.
Del mundo y carne los vientos,
Trabucada en el escoria
La tenían sin alientos,
Fundados sus pensamientos
En un viento de vanagloria.

Como sin agua se vido,
Y en arena sin humor,
Representóle el temor
Que el navío está perdido
Sin lágrimas de dolor.
Y el ser y las fuerzas juntas
Que quedaban en su alma,
Aunque ya casi difuntas,
Levantaban sus flacas puntas
A tan miserable calma.

Y la verde vestidura
De virtud, que no consiente

Que desmayer el penitente,
Embistió con mi tristura,
Mostrándome un Dios clemente
Y un rompido corazón,
Me mostró de un soberano,
Hombre y Dios, que en su pasión,
Hizo una redención
Dando fuerza al sér humano.

Juan BOSCAN.



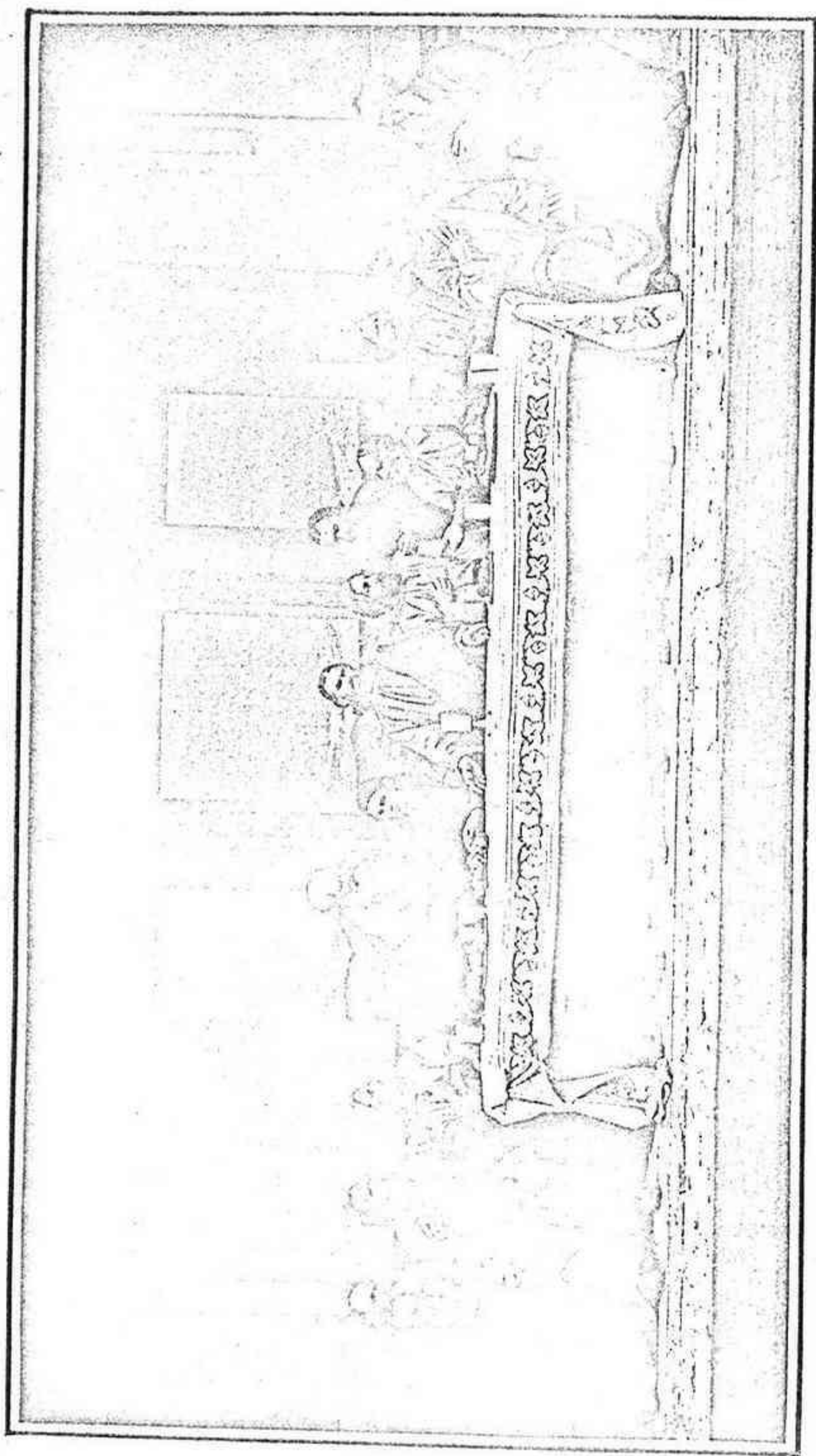


LA CENA



No hay mejor remedio para que un ánima fría hierva en caridad de Dios Nuestro Señor y ame a Jesucristo con ferviente amor, como es tomar y comer el Cuerpo de Jesucristo. ¿Habéis visto un instrumento que hay para calentar las manos, que es una manzana de metal abierta por medio? Toman un clavo hecho ascua, échanlo dentro y ciérranla; y así se calientan trayéndola en las manos? Así, pues, ¿quieres que tu ánima sienta mucha devoción y sentimientos maravillosos de Dios? Mete en tu pecho el Santísimo Sacramento, comulga a menudo, allégate al santo altar de Jesucristo, y ruégale con mucha devoción: Señor, en esta tribulación estoy; Señor, en esta fatiga estoy; esta tentación me fatiga; esta deshonra me anda rodeando; Señor, estoy tibio, estoy flojo, estoy frío; Señor, pues Vos sois fuego verdadero, encended mi ánima con vuestro amor; abrasad, Señor mío, mis entrañas en caridad. Pídele, que yo salgo por fiador, que si con buena fe se lo pides, que te lo dará; grandísimas mercedes en gran manera nos hizo en dejarnos acá su santísimo Cuerpo.

Decía Séneca, aun siendo gentil, que el hombre bien agradecido había de tener un librico donde tuviese escrito todas las buenas obras y mercedes que de otro ha recibido. Fulano me hizo esta buena obra, Fulano estotra; y dice más, que si aquel de quien recibió la buena obra está ausente, y aunque por carta se lo has agradecido, es muy gran razón que cuando lo veas presente le des gracias de la merced recibida, y lo agradezcas mucho. Envíate tu esposo, que fué no sé dónde, una joya, una saya, un no sé qué. Es razón, cuando venga, que le digas: Señor, téngoos en merced la memoria que de mí tuvisteis; bien se parece el amor que me tenéis, pues estando ausente os acordásteis de mí. Así es razón que haga



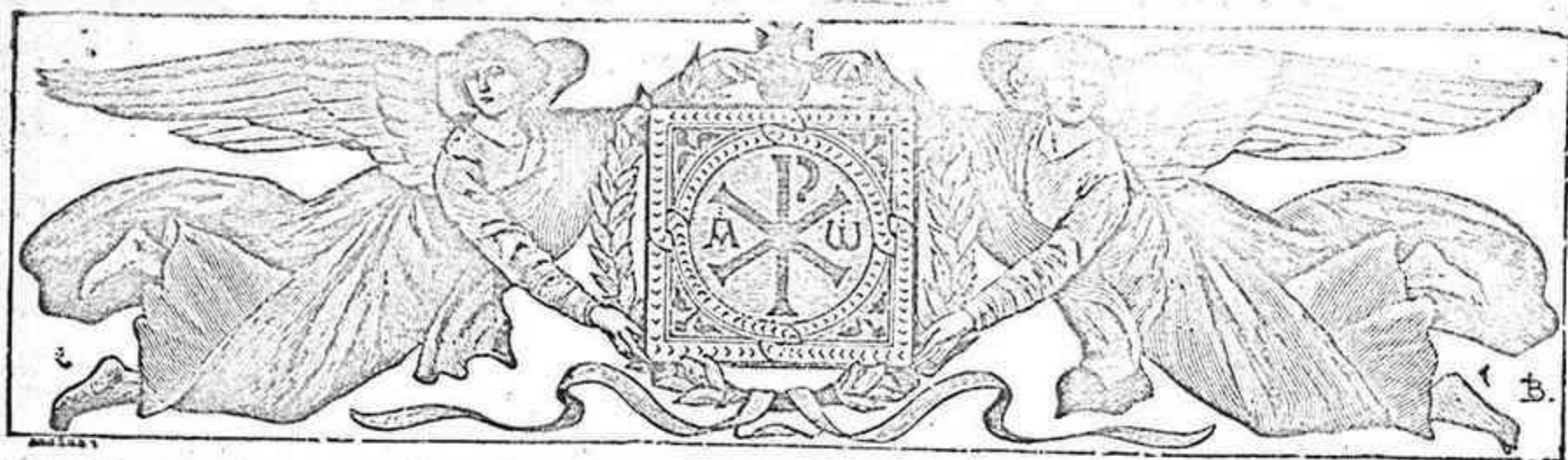
La cena

el cristiano cuando Jesucristo le saca de una tribulación o tentación que mucha pena le daba; cuando alguna cosa hubiere hecho por tí, dale gracias, agradécelo mucho, sabe conocer la merced, que es grande, y corresponder con grande hacimiento de gracias.

Pero mira que en esto se dice estar Jesucristo como ausente, envíale tus pensamientos, envíale tu ánima, dile: Yo conozco que esta merced que ahora, Señor, me hiciste, es de tu mano; todo el bien, si alguno tengo, de tu mano es; si tu mano poderosa no me librara del pecado, en él me estuviera, y no era yo bastante a librarme de él; caído, Señor, estaba, Tú me levantaste, y si tú no lo hicieras, todavía me estuviera caído. Envíale estos agradecimientos; pero cuando te llegues al santo altar, cuando quieras recibir al Santísimo Sacramento, cuando lo hayas recibido, gózate en el esposo recién venido, y sábele aposentar en tu ánima, sábele regalar, y cuando así lo tuvieres, acuérdate de los bienes que por su ayuda has tenido, y acuérdate de los trabajos de que te sacó, y tórnale á dar gracias de nuevo. Tráele a la memoria las muchas mercedes que el Señor te ha hecho, y de cuánta necesidad y peligros te sacó, y por todos dale siempre mil géneros de bendiciones, y dile: Señor, siempre me habéis hecho mercedes en ausencia; ahora que estáis presente, os suplico no me olvidéis; hacedme, Señor, esta merced, que tengáis por bien de hacerme grato a vuestras mercedes y misericordias. Dile mil ternuras de amor con la Esposa; pídele, pues tienes contigo a quien estando ausente tantas mercedes te hizo; allégase a este santo Sacramento muchas veces, si quieres gustar qué cosa es Dios.

Beato Juan de AVILA.





El beneficio de nuestra redención



MIÉRÁNDOSE están uno a otro los querubines que mandó Dios poner a los dos lados del Arca del Testamento, vueltos los rostros al propiciatorio con semblante de maravillados, para dar a entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando a Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel santo madero. Como atónita queda la misma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los Principados y Potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí, como hizo Moisés en el monte, cuando mostrándole Dios la figura de este misterio, daba voces y decía: «Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia»; sin saber decir otra cosa más que proclamar a gritos aquella gran misericordia que Dios allí le había representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos, como Elías cuando ve pasar a Dios, no con pasos de Majestad, sino de humildad; no trastornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos y haciendo despedazar a las piedras de compasión? Pero ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad para que ella sienta la grandeza de este amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprendible bondad!



Cristo de la Expiración (Montañés)

Pues si tanto, Señor, os debo porque me redimisteis, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redimísteisme con inestimables dolores y deshonras, y con venir a ser aprobio de los hombres y desecho del mundo. Con estas deshonras me honrásteis, con estas acusaciones me defendísteis, con esta sangre me lavásteis, con esta muerte me resucitásteis y con esas lágrimas vuestras me librásteis de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen Padre, que así amáis a vuestros hijos! ¡Oh buen Pastor, que así os dais en pasto y mantenimiento a vuestro ganado! ¡Oh fiel guardador, que así os entregáis a la muerte por los que os encargásteis de guardar! Pues ¿con qué dádivas responderé a esta dádiva, con qué lágrimas a esas lágrimas, con qué vida pagaré esa vida? ¿Qué va de vida de hombre a vida de Dios, y de lágrimas de criatura a lágrimas de Criador?

Y si por ventura te parece, hombre, que no le debes tanto, porque no padeció por tí solo, sino también por todos los otros, no te engañes; porque realmente de tal manera padeció por todos, que también padeció por cada uno. Porque con su sabiduría infinita, El tuvo todos aquellos por quien padeció tan presentes ante sus ojos como si fueran uno solo, y con su caridad inmensa abrazó a todos y a cada uno, y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente, tan grande fué su caridad, que, como dicen los Santos, si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padeciera lo que padeciera por todos. Mira, pues, ahora cuánto debes a este Señor, que tanto hizo por tí, y que tanto más hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

Colige de lo dicho cuán gran mal sea ofender a nuestro Señor.

Pues díganme ahora todas las criaturas si puede ser beneficio mayor, ni obligación mayor, ni gracia mayor. Digan todos los coros de los ángeles si ha hecho Dios otro tanto por ellos. Pues ¿quién no se ofrecerá del todo al servicio de tal Señor? «Tres veces—dice San Anselmo—te debo, Señor, todo lo que soy. Porque me criaste te debo todo lo que hay en mí. Y porque después me redimiste, te debo aún con más justo título la misma deuda. Y porque después de todo esto te me prometes en galardón, también me debo todo. Pues ¿cómo no me entregaré yo una vez a quien por tantos títulos me debo? ¡Oh ingratitud y dureza de corazón humano, si con tales beneficios no se vence! No hay cosa tan dura que por algún artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego, el

hierro se ablanda en la fragua, la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas ¡oh corazón más que de piedra, más que de hierro, más que de diamante, a quien ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de Padre tan piadoso, ni la sangre del Cordero sin mancilla, derramada por ti!»

Pues habiendo Vos, Señor, descubierto a los hombres tal bondad y misericordia, ¿es cosa tolerable que haya quien no os ame; que haya quien de este beneficio se olvide; que haya quien con todo esto os ofenda? ¿A quién ama quien a Vos no ama? ¿Qué beneficios agradece quien los vuestros no agradece? ¿Cómo no serviré yo a quien así me amó, así me buscó, así me remedió? «Si yo—dice el Salvador—fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré a mí.» ¿Con qué fuerzas, con qué cadenas? Con fuerzas de amor y con cadenas de beneficios. Con las cuerdas de Adán lo traeré a mí—dice el Señor—y con ataduras de amor. Pues ¿quién no será llevado por estas cuerdas? ¿Quién no se dejará prender de estas cadenas? ¿Quién no será vencido con tales beneficios?

Y si tan grande culpa es no amar a este Señor, ¿qué será ofenderle y quebrar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fueron para contigo, hasta ponerse en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al santo Patriarca José para que hiciese traición a su señor, defendióse el santo mozo con estas palabras: «Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor ha puesto en mis manos, sacando a tí sola, que eres su mujer; pues ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él, y pecar contra Dios?» Como si dijera: Si mi Señor ha sido tan bueno y tan largo para conmigo; si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos; si así me ha honrado y fiado de mí todas las cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender a tan buen señor? Y es de notar que no se contentó con decir: no debo o no es razón ofenderle, sino ¿cómo podré ofenderle? Dando a entender que la grandeza de los beneficios no sólo debe quitar la voluntad, sino también en su manera las fuerzas y la facultad para ofender al bienhechor. Pues si esta manera de agradecimiento merecían aquellos beneficios, ¿qué merecerán los de Dios? Aquel hombre puso en las manos de José cuanto tenía: Dios ha puesto en tus manos casi todo cuanto tiene. Mira, pues, cuánto es más lo que Dios tiene, que lo que aquél tenía, porque tanto más es lo que tú tienes recibido, que lo que aquél recibió. Si no, dime: ¿Qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los



Descendimiento (R. Vánde Weyden)

mares, las aves, los peces, los árboles, los animales, y, finalmente, todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está puesto. Y no sólo cuanto hay debajo del cielo, sino también cuanto hay sobre el cielo, que es la gloria de allá y las riquezas y bienes de allá. Todas las cosas, dice el Apóstol, son vuestras: sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero, todo es vuestro, porque todo ayuda a vuestra salvación. Y no sólo lo que está sobre los cielos, sino también el mismo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras, en Padre, en Tutor, en Salvador, en Maestro, en Médico, en precio, en ejemplo, en mantenimiento, en remedio y en galardón. Finalmente, el Padre nos dió a su Hijo, el Hijo nos mereció al Espíritu Santo y el Espíritu Santo nos hace merecer al mismo Padre e Hijo, de quien manan todos los bienes.

Pues si es verdad que cuanto Dios tiene lo ha puesto en tus manos, ¿cómo tienes tú manos para ofender tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal parece no agradecer tan grandes bienes; pues ¿qué será añadir al desagradecimiento menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan cautivo y tan impotente para ofender a quien le había puesto en las manos toda su casa, ¿cómo tienes tú fuerzas para ofender a quien el cielo y la tierra, y a sí mismo puso en tus manos? ¡Oh, más ingrato que los brutos animales, más fiero que las fieras y más insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes este mal! Porque, ¿qué fiera, qué león, qué tigre se desmandó en hacer mal a quien bien le hace? «De un perro—escribe San Ambrosio—que estuvo toda una noche llorando y aullando a su señor porque se lo había muerto un su contrario, y como otro día, por la mañana, se llegase mucha gente a ver el muerto, y también entre ellos el matador, arremetió luego contra él y a bocados y ladridos dió a entender la culpa secreta del malhechor.» Pues si los perros por un pedazo de pan tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato que, en ley de agradecimiento y humanidad, te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató a su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son (si piensas) los que le mataron, sino tus pecados? Estos fueron los que le prendieron; éstos los que le ataron, azotaron y pusieron en cruz; tus pecados, digo, fueron la causa. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto si tus pecados no lo fueran. Pues ¿por qué no te embraveceras contra estos tan crueles homicidas que quitaron la vida a tu Señor? ¿Por qué, viéndole muerto

ante tí y por tí, no crecerá más en tí el amor para con El, y el aborrecimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que El en este mundo hizo, dijo y padeció fué por causar en nuestros corazones aborrecimiento de él. Por matar el pecado, murió; y por echarle clavos en pies y manos, se dejó El enclavar en los suyos. Pues ¿por qué quieres tú hacer para tí vanos todos los trabajos y sudores de Cristo? ¿Pues te quieres quedar en aquella misma servidumbre de que El con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de sólo el nombre del pecado, pues ves a Dios hacer tan extrañas cosas para destruirlo? ¿Qué más había que hacer para retraer a los hombres de pecar, que ponerseles el mismo Dios delante, atravesado en un madero? ¿Quién osaría ofender a Dios si viese el paraíso y el infierno abierto delante de sí? Pues sin duda mayor cosa es ver a Dios puesto en la cruz, que todo esto. Por donde a quien no mueve esta hazaña tan grande, no sé qué otra cosa le puede mover.

Fr. Luis de GRANADA.





Nuevo canónigo.—El redactor de nuestra Revista don Dionisio Sánchez Villares, ha sido nombrado canónigo de Ciudad Rodrigo.

Hablando del nombramiento de nuestro compañero *Peropulgar*, dice *El Adelanto*:

«Nuestro querido amigo el beneficiado de esta Catedral don Dionisio Sánchez Villares, ha sido nombrado canónigo de Ciudad Rodrigo.

Tan merecida distinción recae en quien por su modestia, inteligencia y excepcionales dotes de carácter, goza en Salamanca de generales simpatías y ha de ser recibida con alegría por cuantos nos honramos con la amistad del señor Sánchez Villares.

La personalidad de éste se ha destacado vigorosamente en las letras regionales y en *LA BASÍLICA TERESIANA*, revista que en nuestra ciudad ve la luz, ha escrito notabilísimos artículos firmados con el pseudónimo de *Peropulgar*.

Nuestros lectores han de tener ocasión muy pronto de saborear toda la belleza que en tales trabajos se encierra y de apreciar su plasticidad y casticismo.

Reciba el nuevo canónigo nuestra cariñosa enhorabuena por la distinción a que le han hecho acreedor su inteligencia y bondad.»

~ ~ ~

Fallecimiento.—A la avanzada edad de ochenta y cinco años ha entregado su alma a Dios el Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba.

Pedimos a nuestros lectores una oración por el alma del difunto Prelado (R. I. P.).

~ ~ ~

Coronación de la Virgen de las Angustias.—Se han reunido en casa de la marquesa de Squilache, cerca de 80 damas granadinas, para tomar acuerdos respecto de la solemne coronación de la Patrona de Granada, Nuestra Señora de las Angustias.

La ilustre dama, expuso a las asistentes el objeto de la reunión y dió lectura de la siguiente carta:

«Excelentísima señora marquesa de Squilache:

Muy señora mía y distinguida amiga: Su Majestad el Rey, nuestro señor (q. D. g.), se ha enterado de la carta que tan amablemente me dirige usted, y se ha dignado ordenar le haga saber acepta en principio, con el mayor entusiasmo, el tomar parte en el homenaje que se organiza en Granada a Nuestra Señora de las Angustias, con motivo de la coronación de la sagrada imagen.

Convendría ahora que se formule por escrito y se concrete lo que el señor Arzobispo y la Junta de señoras, que se ocupa de los detalles de la coronación, crean deber solicitar de S. M., ya que debe constarles cuán favorablemente ha de ser acogido por nuestros augustos Soberanos todo lo que tienda a dar mayor brillo a lo que la hermosa ciudad de Granada prepara para honrar a su excelsa Patrona.

Al dar cumplimiento al Regio mandato, me es grato, etc.—*Emilio María de Torres.*»

Las damas granadinas acordaron volver a reunirse, cuando se reciba la autorización canónica para la coronación, que se ha solicitado del Santo Padre.

En la nueva junta se tratará del allegamiento de fondos, para llevar a cabo con la brillantez debida el solemne acto de la coronación.

Los acuerdos adoptados han sido comunicados al señor Arzobispo de Granada, por medio de un telegrama.

La marquesa de Squilache, obsequió con un espléndido té a las damas reunidas, entre las que se encontraban las duquesas de la Unión de Cuba y de Sueca; marquesas de Portago, Conquista, Caicedo, Salar, Alquibla, Bayamo y Santo Domingo, y condesas de la Corzana, Clavijo, Vía-Manuel, Conquista y Agrela, etc., etc.

El ministro de Instrucción pública, señor López Muñoz, que estaba invitado al acto como granadino, se excusó de asistir.